AÑO IV — Barcelona 10 de Enero de 1907 — Epoca 2.ª - Número 9

TIERRA Y LIBERTAD

Número suelto: 5 céntimos | *Redacción y Administración: Calle de Tallers, núm. 16, 2.º* | *Paquete de 30 ejemplares: 1 peseta*

LOS COBARDES

Y aconteció como sigue... Fué en la plaza de Isabel II, mientras yo me entretenía en leer los carteles de los teatros. Hacía frío, mucho frío. Densos nubarrones cubrían el cielo, y el sol, pálido y brumoso, ocultábase tímidamente. Iban y venían carruajes de lujo, automóviles eléctricos, en su rodar silencioso sobre el escurridizo asfalto, dejando, al pasar, grabada en la mente la visión deliciosa de una cabecita rubia, la austera majestad de unos cabellos negros...

Cubierta su cabeza por una boina rota y mugrienta, envuelto el cuerpo en una larga blusa blanca que acaso ocultase la falta de la chaqueta ó el tosco y llamativo remiendo del pantalón y calzando en sus pies unas alpargatas negras, apareció un hombre bajo y de edad avanzada, todo canoso.

En su cara, angulosa y descarnada, el hambre aterradora había impreso con caracteres indelebles la huella de su paso. Echó una mirada á su alrededor y desdoblando un pequeño saco que bajo la blusa traía, comenzó á llenarlo de arena, levantando de vez en cuando la cabeza para observar los movimientos del barrendero encargado de la custodia del montón. Y una vez lleno el saco se lo echó al hombro y partió.

***

Yo le ví alejarse lenta, pausadamente, con andar despacioso y vacilante. No iba borracho, no; una anemia profunda y arraigadísima enseñoreábase de él y hacíale danzar como fantasma macabro. Yo le ví, cómico en su bailoteo, trágico, soberanamente trágico en su resignación. Y le ví, al doblar la esquina, apoyarse en la pared, desencajado, lívido, horriblemente contraídas sus facciones por la sombra espectral de la muerte, arrojando por su boca espumarajos sanguinolentos...

***

Yo maldije una y mil veces la cobardía de aquel hombre. Maldije su inocente ignorancia cuando de niño, junto á las faldas de su madre, oía con delicia y sin protesta máximas y consejos imposibles. Maldije su juventud que, traicionando á sus compañeros, ofrecía sus brazos de *esquirol* en sustitución de los huelguistas. Maldije su pasividad dolorosa, su indiferentismo censurable cuando por efecto de un accidente del trabajo veíase agonizante en la tétrica y miserable sala de un hospital... Maldije su respeto á las leyes, á la autoridad, á todo lo constituído, cuando, al encontrarse en la calle, arrojado de todas partes por inservible, al cabo de cuarenta años de trabajos y sudores, sin mas lecho que el quicio de una puerta ni más despertador que las patadas de serenos y municipales, permanecía callado, sin protesta... Maldije su poca energía, su falta de voluntad, su honradez criminal; criminal, sí, porque iba contra él, porque no tuvo el valor, padeciendo hambre, de robar un reloj, un portamonedas, ni siquiera un panecillo... Y maldije una y mil veces su cobardía insensata, el miedo insuperable á suicidarse, llevándose por delante media docena de peces gordos...

LUIS M. MOCOROA

Madrid, enero 1907.

La miseria no es generadora de revolución

En algunos escritos de literatura alarmista, por ejemplo, en el libro de M. Elliot, titulado, *A proposito de los negocios indianos de John*, se encuentran pinturas aflictivas de la miseria del pobre labrador, con esta conclusión presentada como indiscutible: la miseria debe conducir á una explosión de la desesperación que nos expulsará de la India.

No es este el lugar de examinar si estas descripciones son exactas; pero, admitiendo su veracidad para la facilidad de la discusión, yo no veo en la historia que las revoluciones se hagan de este modo. Yo veo poblaciones considerables viviendo durante siglos en una miseria abyecta, y que, sin embargo, no se rebelan; si la vida les es imposible, mueren; y si no pueden hacer más que vegetar, vegetan; su sensibilidad se debilita y sus deseos son domados por la miseria.

Los pueblos que se rebelan son aquellos que comienzan á levantar la cabeza, aquellos que osan esperar y que se sienten fuertes.

J. R. SHELBY.

Pequeñeces

Como por cualquier parte por donde tiro no hallo más que *grandezas* fuíme el domingo al Condal, donde se efectuaba el mitin organizado por el Centro O. de Estudios Sociales en busca, naturalmente, de algunas cosillas para «Pequeñeces.»

¡Y cómo me alegro de haber tenido tan feliz idea!

Siempre que he tomado la pluma para emborronar cuatro cuartillas con que llenar un hueco en el periódico, me ha asaltado el temor de la denúncia y procesamiento consiguiente por delito de lesa sintaxis; pero desde que escuché en el Condal, de labios de un señor que ostenta título universitario que «*la gramática y la aritmética son las bases fundamentales de la vida*» sin que el delegado de la autoridad hiciera llamar á una pareja de orden público para que llevara detenido al orador á la primera escuela de sentido común que encontraran al paso, me creo con derecho á escribir tantas pequeñeces como me venga en gana, aunque os garantice bajo mi palabra honrada que no incurriré en la torpeza de insultar á aquellos á quien me propongo defender, como hizo en el citado mitin una señora toda ensortijada que dirigió la palabra al respetable público que no llenaba, ni mucho menos, la sala del Condal.

Fué el caso un bombo con acompañamiento de platillos y creo que también timbales, á la muy respetable señora Prensa, alentándola á que prosiga una enérgica campaña contra el régimen celular, y como argumento poderoso arguyó la señora oradora de las sortijas, que los representantes de la respetable señora Prensa vense expuestos cada día á ser encarcelados y confundidos entre los *criminales* que habitan aquellas casas.

Pues si los representantes de la Prensa vense expuestos cada día á ser encarcelados y confundidos entre los *criminales*, ¿qué mejor remedio que conservar en toda su pureza el delicioso régimen celular con el cual se evita el roce de los *puros* con el de las asquerosas y *criminales colillas* sociales?

¿Pero no habíamos quedado en que en las cárceles sólo están los que no tenían dinero, y que los grandes criminales paseaban en completa libertad su orgullosa persona para escarnio de la sociedad que tolera tamañas injusticias?

¿Pero no estábamos conformes en que no existen tales criminales, sino simplemente degenerados, enfermos, seres desgraciados á quienes el medio ambiente social ha desmoralizado y la incuria y el abandono de todos ha prostituído?

¡Pobres presos!

Grande, noble y justa es, sin duda, la intención que ha guiado al Centro Obrero de Estudios Sociales en su campaña contra el oprobioso é inhumano régimen celular; pero estas cosas formarán el convencimiento del que no lo tuviera, de que los anarquistas sólo podemos unirnos á una entidad: á la guardia civil cuando nos lleve á presidio.

ELADIO BERNAL.

Los cadetes de la Garduña (1)

Son los cadetes de la Garduña,—que al fisco tienen por capitán.—Cortos de alcance y largos de uña,—temible gente si se enfurruña,—pues no hace caso del qué dirán...—Son los cadetes de la Garduña,—que al fisco tienen por capitán.

—

De buen olfato, de mucha vista,—son los verdugos de la nación.—No hay en España quien los resista,—quien no reniegue de su conquista,—quien no rechace su intervención...—De buen olfato, de mucha vista,—son los verdugos de la nación.

—

Obedeciendo su instinto bruto,—lo huele todo su gran nariz.—Son los que al pueblo visten de luto,—pues en defensa del vil tributo—jamás perdonan ningún desliz...—Obedeciendo su instinto bruto,—lo huele todo su gran nariz.

—

Son del fielato los vigilantes,—fiera mesnada, terrible grey.—Siempre avizores, siempre acechantes,—son unos pocos, ¡y son bastantes—á hacer odiosa la injusta ley!...—Son del fielato los vigilantes,—fiera mesnada, terrible grey.

—

Puestos en guardia contra el matute,—su genio es agrio cual un «limón».—Al que se arriesga, le dan un tute;—nadie con ellos en paz discute,—pues ellos siempre llevan razón...—Puestos en guardia contra el matute,—su genio es agrio cual un «limón».

—

Viven sin gloria, pero sin pena,—puesto que tienen seguro el pan.—Gentes que explotan el hambre ajena,—son eslabones de una cadena—que los esclavos quebrantarán.—Viven sin gloria, pero sin pena,—puesto que tienen seguro el pan.

—

Son los vigías del contrabando,—tropa ligera, ruda facción.—Guerrilla en armas, despierto bando,—comen y duermen sabe Dios cuándo,—siempre al acecho de una traición...—Son los vigías del contrabando,—tropa ligera, ruda facción.

—

(1) Este trabajo, imitación del *Cyrano de Bergerac*, apareció hace algún tiempo en las columnas del batallador colega *El Despertar Hispano*, de Buenos Aires. La presente irónica-poesía resulta hoy como pedrada en ojo de consumero, por la actualidad que le prestan los sucesos de Sagunto, Alicante, Orihuela, etc., etc. Por este motivo, la reproducimos con sumo gusto en TIERRA Y LIBERTAD, para que la aprendan los chicos y la canturreen por ahí como apóstrofe violento al odioso tributo y á los jayanes que lo cobran, convirtiéndose en verdugos del pueblo.

Fusil al hombro, garrote en mano,—sus desafueros no hallan sanción.—Quien protestase lo haría en vano,—porque es su fuerza la del tirano,—y es su justicia la sinrazón...—Fusil al hombro, garrote en mano,—sus desafueros no hallan sanción.

—

Son los cadetes de la Garduña,—que al fisco tienen por capitán.—Cortos de alcances y largos de uña:—temible gente si se enfurruña,—pues no hace caso del qué dirán...—¡Son los cadetes de la Garduña,—que al fisco tienen por capitán!

UN REPORTER

Importante

Decíamos en nuestro número anterior que, debido á no haberse recibido aún dinero de América por falta material de tiempo, y á existir 104 corresponsales ó paqueteros que, por dejadéz ó por no darse cuenta de lo que representa la vida de un periódico, máxime si no cuenta con capital propio, aún no han satisfecho ninguno de los ocho números que van publicados en Barcelona, tendríamos que suspender la salida de TIERRA correspondiente al día de hoy.

Grácias al aumento de crédito que, debido á nuestro seriocomportamiento se nos ha hecho, podemos, contra lo que creíamos inevitable, tirar este número, pero con el natural sentimiento por el perjuicio que por ello pueda sufrir la propaganda, repetimos que si no se atienden nuestras sinceras y razonables palabras, y los que adeudan cantidades no las envían prontamente, nos veremos forzados á suspender por una ó quizás por más semanas la publicación de TIERRA.

El cariño al periódico y el deseo de que éste no interrumpa su marcha se demuestra con el apoyo moral y material que se le preste.

Tenemos el gusto de saber y comunicar á los compañeros que el Centro O. de Estudios Sociales de esta ciudad, gracias á la actividad desplegada por todos sus socios, adquiere rápido y creciente desarrollo, del que seguramente saldrá ganancioso la buena propaganda.

Dentro de breves días darán comienzo en dicho Centro una serie de conferencias, en las que tomarán parte los doctores Querol y Guardia y la doctora señora Montserrat.

Independientemente el Centro organiza un importante acto público, en que definirá su personalidad y expondrá su criterio respecto á la cuestión social y de propaganda.

¿Por qué no somos republicanos?

III

«¿Cómo puede ser el Estado el defensor del trabajo, cuando precisamente en la ley contraria, en su explotación y esclavitud fía su vida, y cuando en su fondo radica el parasitismo, al cual convergen y del cual nacen los demás parásitos de la Sociedad?

«Congreso Internacionalista de Barcelona. 1870).

Consideramos que el paliativo republicano es incapaz de remediar los males que afligen á la sociedad, aun suponiendo, y es mucho suponer, que los hombres que lo defienden vayan animados de los mejores deseos y de la más noble intención; lo que sucede en las repúblicas europeas y americanas nos demuestra que nada podemos esperar de forma alguna de gobierno aunque éste vaya revestido, al parecer, de una etiqueta radicalísima en lo que afecta á su íntima constitución.

En los 24 Estados regidos republicanamente, 4 en Europa y 20 en América, el obrero, el desheredado, se ve obligado á soportar un trabajo embrutecedor para alimentar á todos los parásitos que de él viven, y cuando protesta ó se rebela contra la injusticia de que se le hace objeto ó contra la tiranía que constantemente pesa sobre él, las cárceles se abren para aherrojarle ó los fusiles republicanos se encargan de dominar su rebeldía.

Sabemos, y á estas horas deben saberlo todos los trabajadores á quienes no ciegue una completa ignorancia en asuntos sociales ó que no estén apasionados por la fraseología pomposa del ídolo democrático de sus amores, que la propiedad es la causa de todos los males que padecemos y que ella es el *arca santorum* de todo gobierno, por muy republicano que sea.

Leyes sobre accidentes del trabajo, montepíos obreros, reglamentación de la jornada diaria en fábricas y talleres, leyes cooperativas y mutualistas, pensiones para inválidos ó para obreros sexagenarios, etc., etc., son paliativos ineficaces que ya sabemos lo que remedian y lo que significan. Nada entre dos platos.

¡La propiedad! He ahí la base de la actual explotación humana.

Ya lo dijo Clemenceau, el republicano radical socialista, todo en una pieza, en la reciente huelga de Courrieres cuando fué á visitar á los obreros que la sostenían: «Si sois buenos chicos, si me ofrecéis no atentar contra la propiedad, yo os prometo solucionar la huelga en sentido favorable para vosotros; pero si atacáis la propiedad, entonces me veré obligado á fiar en la fuerza pública la conservación del orden.»

Y, efectivamente, como el *orden* burgués está en las bocas de los fusiles, éstos se encargaron de salvaguardar la propiedad dejando á unos cuantos obreros fuera de combate.

***

No queríamos cansar al lector, y así lo prometimos en el número pasado, ofreciéndole datos concretos, demostrativos de lo que venimos diciendo en estas columnas, sin pretensión alguna de añadir nada nuevo sobre el tema que analizamos—pues reconocemos sinceramente que la erudición está muy lejos de nuestra escasa inteligencia,—si las manifestaciones de un republicano, amigo nuestro, á quien no convence la *verdad* si no va acompañada de *hechos*, *sucesos* y detalles, no nos obligasen á variar de rumbo presentando esos ejemplos para que ese nuestro amigo, y los que como él piensan, puedan ver que nos sobran en montón, y algunos muy recientes, para combatir la tiranía de la república, aunque tengamos la pretensión de usar la misma frase que empleó hace muchos años el venerable Pi Margall.

En la federal Suiza existe la trata de blancos y en las casas-hospicios sostenidas por el Municipio se ceden al mejor postor los infelices niños asilados.

Cuando la huelga de Ginebra de 1898 se convirtió, por solidaridad, en huelga general de todo el ramo de construcción, se promovieron algunos disturbios y el Consejo de Estado dirigió un manifiesto al Cantón, amenazándole y convocando inmediatamente á la milicia nacional.

Todos los socialistas acudieron al llamamiento á excepción de Juan Sigg, profesor, el cual incurrió en cuatro días de arresto.

A consecuencia de los tumultos habidos, algunos gendarmes salieron arañados y la población abrió una suscripción para recompensarlos, que produjo 22,000 francos.

El gobierno procedió á expulsar á los más significados trabajadores, y los «demócratas socialistas» aprobaron la ley de *Conflictos colectivos*, la que rige desde el 12 de febrero de 1900, ley que impone el arbitraje obligatorio, fija la tarifa de los salarios y PROHIBE LA HUELGA.

Continuaremos en el próximo número, para ir dando en *pequeñas dosis* esos datos concretos que solicita nuestro engañado amigo.

ARTURO NIALE.

Los anarquistas y las bombas

Insistiendo

Sin tiempo ni espacio para contestar ampliamente á cuantos en estos días han soltado la lengua ó la pluma para hacer malévolas afirmaciones respecto al origen y autores de las bombas halladas ó que han hecho explosión en esta ciudad, como si cualquier hijo de vecino estuviera autorizado para decir lo que se le antoja, y como si no hubieran de responder de lo que dicen, nos fijaremos especialmente en aquellos muchos-pocos que se han significado en pretender hacer creer al público que los atentados son obra de los anarquistas, cuando precisamente la opinión está convencida de lo contrario.

Decimos muchos-pocos, porque si bien son muchos (muchos son dos porque no debiera haber ninguno) los que aún dicen que los atentados á que nos referimos son obra de los anarquistas, relativamente son muy pocos los que por ignorancia ó mala fe sostienen hoy lo que en otros tiempos decía gran número por mala fe ó por ignorancia; y razonando, podemos añadir que lo que hace algunos años gozaba de alguna circunstancia atenuante, en la actualidad no posee ninguna que pueda justificar este errado ó malévolo juicio.

Nos referimos directa y especialmente á los Sres. Zulueta y Roig y Bergadá.

Perdonaríamos á un campesino que mañana nos dijera que los anarquistas son los que arrojan las bombas, pero hemos de calificar de cobarde la conducta de cuantos, creyendo no han de tener que responder de sus palabras y estando ó debiéndolo estar perfectamente enterados de cuanto á las bombas halladas ó que han hecho explosión en Barcelona desde el año 1896 hasta la fecha se refiere, tengan el cinismo de afirmar que esos atentados son obra de los anarquistas.

Y no decimos lo mismo del señor conde de Romanones, no porque nos arredre decir á un ministro lo que decimos á cualquier particular, pues cuando un ministro dice ciertas cosas, aun cuando la sociedad lo considere un gigante, nosotros lo vemos del tamaño de un Liliputiense, sino porque ya en nuestro número anterior le dijimos lo que se merecía, y sobre todo porque consideramos que el cargo que desempeña le obliga en este caso, en que tiene los ojos vendados, así queremos creerlo, respecto al autor ó autores de esos atentados á decir algo, para que la opinión vea que el ministro cumple su deber y por ello saber los elementos que los producen, y al igual que los grandes señores entre los cuales directamente vive, dice que los atentados de Barcelona son obra de los anarquistas.

La mejor prueba de que todos esos señores, si es que algo saben es que no saben nada de lo que á los atentados se refiere, es que, después de asegurar que son obra de los anarquistas y siendo éstos perfectamente conocidos de la policía, no se han atrevido, y creemos que han hecho muy bien y de ello nos alegramos, á utilizar en el último atentado el injusto, arbitrario, estúpido y desacreditado procedimiento en otras ocasiones empleado, de detener y perjudicar gravemente á los más caracterizados anarquistas para decirles después que una vez más la policía se había equivocado.

En este caso los señores Zulueta y Roig y Bergadá, como en cualquier otro de los individuos que sostengan un criterio ó afirmación cualquiera, es lógico suponer que pretendan convencer al público de lo que al público le dicen, y como las gentes no tienen en el siglo XX la estupidez de creer lo que un cualquiera afirma, sobre todo si está tan falto de base como lo expuesto por los señores citados, nosotros los invitamos á que expongan tan públicamente como en el Congreso el uno y en *La Publicidad* el otro han hecho, aquellas afirmaciones, las pruebas ó cuando menos los argumentos sólidos en que se fundan acusaciones, que de tal pueden calificarse, de tanta trascendencia y gravedad.

Y ahora que se trata de hacer una ley especial de represión del anarquismo en virtud de los últimos atentados, hemos de repetir al señor ministro de Gracia y Justicia, que, según la prensa, la está confeccionando, lo que el año 1896 dijimos al gobierno del señor Cánovas del Castillo cuando se hizo aquella otra ley famosa entre las leyes draconianas: ¿Cómo se atreve el gobierno á hacer una ley especial contra el anarquismo porque haya tenido lugar un atentado, antes de que el juez haya dicho y conste probado en el proceso que aquél es obra de los anarquistas? Y fíjese bien el ministro y fíjese bien la opinión pública: Existe una notabilísima diferencia entre que un atentado sea la obra de un individuo que diga profesar ó que profese ideas anarquistas, ó que dicho atentado sea obra de los anarquistas; pues en el primer caso sería un acto individual del cual jamás puede en buena lógica —no hablamos de justicia, ya que ésta es muy discutible,— ser responsable la colectividad, en tanto que en el segundo supone que, si no todos, un determinado número de anarquistas se han reunido, acordado y llevado á la práctica, con la cooperación más ó menos directa de todos los reunidos, la organización y consumación del hecho.

En el atentado de Cambios Nuevos no se equivocó el gobierno, porque el esbirro Portas y los que le autorizaron ó le ordenaron los trabajos que debía ejecutar, el calabozo subterráneo cero y aquellos infamantes y horribles martirios, vergüenza y baldón del pueblo que los toleró, se encargaron de demostrar que varios, muchos anarquistas se habían reunido y llevado á cabo aquel misterioso atentado; pero en el caso actual ¿cómo se probará que los autores son los anarquistas en el supuesto de que no lo sean, y nosotros hemos probado que no lo son? ¿Acaso hay otros Portas en Barcelona y otro pueblo que como aquél esté dispuesto á dejarse pisotear su miembro viril y su dignidad de hombre?

Piensen más alto y concienzudamente cuantos su sentimiento por la comisión de estos hechos y su odio á los anarquistas les han dejado á su pluma ó á su lengua hacer tan injustas y graves acusaciones, y tomen de estos supuestos autores de atentados el alto ejemplo que les damos de no emitir jamás públicamente juicio alguno sin absolutas pruebas de su certeza, sobre todo cuando su emisión pueda ocasionar grave daño á nuestros semejantes, aun cuando éstos no comulguen en nuestras ideas.

La libertad ha sido en todos los tiempos la suprema aspiración del hombre. Por infructuosos que hayan podido resultar los grandes sacrificios hechos por obtenerla, jamás lo ha abandonado la esperanza, y el progreso demuestra que no está lejano el día en que el triunfo corone sus esfuerzos.

LETOURNEAU